Año 1948 14 mayo 11 ABC

(51)

MAS SOBRE LA CONVERSACION

MIS comentarios de pasados días sobre la crisis del arte de conversar me han atraído la asistencia de ciertos amables comunicantes. Sus varias sugestiones me hacen suponer que fuí certero, y me empujan a añadir, a cuanto entonces dije, nuevos argumentos que refuerzan el pesimista diagnóstico ya antes expuesto.

La crisis enunciada se produce, ciertamente, en el momento en que el mundo dialoga, casi con febrilidad, y multiplica la red de sus mensajes. Ahora, cuando tengo la voz de mi antípoda al alcance del teléfono de mi cabecera, es cuando, justamente, la de mi inmediato vecino me inspira una total indiferencia. Como el mundo se ha empequeñecido, millares de seres nos salen al paso que, medio siglo antes, no se nos hubieran entrecruzado jamás. El teléfono nos permite el trato verbal con una serie de personas, a las que, en otras circunstancias, no hubiéramos dirigido la palabra. Así, cuando medios mecánicos ingeniosísimos nos acercan la voz ajena y dan resonancia a la nuestra, la conversación languidece y muere.

El hombre medio de hoy es poco dado a sentarse, normalmente, en lugar ninguno por el simple placer de saborear su encanto, si no tiene la garantía, al menos de que un espectáculo cualquiera—parada militar, sonada comitiva, cortejo fúnebre...—desfilará ante sus ojos. Ya no le basta sin esos ringorrangos, el que los unos, con su mera presencia, ofrecen a los otros. Por eso, los viejos paseos provincianos, supérstites todavía en ciertas grandes urbes, se acaban también. El examen de nuestros semejantes, no ya desde las carretelas del Prado, siquiera desde los automóviles del Retiro, es una fuente de distracciones a la que hay que declarar exhausta. Hoy nos sentamos para ver al Valencia descrismarse con el Madrid en el Stadium, o si Ingrid Bergman nos promete comparecer, para nuestro regalo, dos horas en la pantalla. Las ocasiones de conversar, con tales hábitos, se enflaquecen, se agostan, caducan...

Por eso, los diccionarios contienen cada vez mayor número de vocablos de desván. Es cierto que hay muchos nuevos, que piden su turno, pero son casi siempre sustantivos. Como el hombre inventa objetos sin tregua y éstos han de ser denominados de alguna forma, de ahí que se hagan precisas palabras que los nombren. Pero todas las que cumplen una función no tan primaria, aquellas a cuyo cargo van encomendados el matiz, la insinuación, la tilde, ésas se reducen a un ritmo ininterrumpido. Sólo el escritor las emplea. Porque el escritor, ése, sí, las necesita hoy en número infinito, como antaño —son sus herramientas—y han de sopesarlas, y tasarlas, y escrutarlas, y medirlas según convenga a la orfebrería de cada uno de sus párrafos. Pero la juventud que transita la calle de Serrano lanzó por la borda toda la múltiple y bellísima pirotecnia del idioma y vive de un elemental epítome lingüístico casi ruborizante.

Así, cuando Churchill sugirió la idea de crear un inglés sintético, compuesto de sólo unos cientos de palabras, lo hizo, no, claro está, para ensanchar los linderos de la conversación, sino únicamente para ofrecer a los hombres un medio en el que entenderse sobre cosas vulgares y sencillas. Les dió el cauce para la oferta y para la demanda, para la afirmativa y para la negativa, para el diálogo, en suma, pero no por eso, al invitar a hablarse sobre una pauta a muchos que, sin ella, hubieran estado en la imposibilidad de hacerlo, extendió, ni un ápice, el ámbito de la conversación. Lo grave, en consecuencia, de nuestra hora, no es que tantos millones de hombres hablen inglés, como Rubén temía: es que tantos millones de hombres hablen tan sólo el español indispensable para pedir la mercancía o el objeto que se precisa y no lo derrochen, con gentil superabundancia de seres civilizados, en la glosa, en el comentario y en la crítica. Esto es: en conversar.

Joaquín CALVO-SOTELO